



LA GEOGRAFÍA ESCALAR DEL CAPITALISMO ACTUAL

Sara González

University of Newcastle, United Kingdom

Sara.Gonzalez@ncl.ac.uk

Página web: www.ncl.ac.uk/guru/

Resumen

El objetivo de este artículo es realizar un recorrido crítico por la literatura mayoritariamente anglosajona que en los últimos años se ha centrado en el concepto de escala geográfica y las transformaciones socio-espaciales del capitalismo actual. Empezando por un comentario sobre el carácter discursivo de la globalización se propone el concepto de escala para huir de dicotomía global/local abriendo así un nuevo panorama investigativo más amplio y flexible. El foco del artículo se centra en la aproximación de la “política de escalas” como el marco analítico más interesante a la hora de estudiar las cambiantes geografías de poder actuales. Por último, hago una reflexión sobre posibles preguntas de investigación que ofrece esta aproximación al estudio de las políticas urbanas actuales.

Palabras clave: capitalismo, escala, poder, política.

Abstract

The aim of this paper is to offer a critical literature review of the mainly Anglo-Saxon literature that has recently focused on the geographical scale and the social-spatial transformations of contemporary capitalism. The paper opens with a commentary on the discursive nature of the globalization process and argues for the scale concept as a way to escape from the local/global dichotomy opening up a wider and flexible research field. The focus of the paper is the “politics of scale” approach as the most interesting framework when to analyse the current changing power geographies. I finish in a reflexive mood offering possible research questions from this approach to the study of contemporary urban policy.

Key words: capitalism, scale, power, politics.

Desembrollando la globalización

La “globalización está en boca de todos; es una palabra de moda que se ha convertido rápidamente en una contraseña, un encanto mágico, que supuestamente nos abre las puertas a todos los misterios del presente y del futuro”, anuncia Bauman (1998, p. 1) al inicio de uno de sus trabajos. De la misma forma, Waters (2001, p. 1) afirma que la “globalización parece ser el concepto, la idea clave a través de la cual entender la transición de la sociedad humana hacia el tercer milenio”. Pero, ¿Logra este concepto realmente aportar

alguna claridad sobre los fenómenos que están teniendo lugar hoy en día o, por el contrario no hace más que añadir confusión?. Bauman (1998, p. 1), responde que, “[t]odas las palabras en boga tienden a compartir un mismo destino: Cuantas más experiencias intentan hacer transparentes, más opacas se vuelven”. Así, el concepto de globalización se acaba convirtiendo, después de todo, en una especie de recipiente vacío que cada uno llena según su forma de entender la realidad y que cada vez toma significados más diversos.

En este artículo vamos a entender la globalización como una especie de gran discurso o guión[1] (Gibson-Graham, 1996) que narra grandes cambios en la forma en que los procesos económicos y socio-políticos se organizan territorialmente. Este guión, sin embargo, acepta varias interpretaciones o se desarrolla en diversas escenas paralelas y mientras que algunos, por ejemplo, entienden que la globalización significa la uniformización de la cultura, otros la reconocen como una oportunidad para el multiculturalismo. Estas narrativas aparentemente contradictorias son, en realidad, perfectamente compatibles porque el fenómeno de la globalización es lo suficientemente complejo como para acomodar tendencias contradictorias.

Una definición relativamente descriptiva y aclaradora es la que ofrecen Gibson-Graham. Según estas geógrafas feministas la globalización tiene que ver principalmente

“con un conjunto de procesos a través de los cuales el mundo se está integrando en un sólo espacio económico gracias al comercio internacional, la internacionalización de la producción y mercados financieros, los intercambios de la cultura consumista promovida por un sistema global de telecomunicaciones crecientemente interconectado” (Gibson-Graham, 1996, p. 120).

El debate académico sobre la globalización apunta a que el fenómeno de la internacionalización del capital transforma profundamente la forma en la que concebimos el espacio. Algunos autores han proclamando el "fin de la geografía" o la "muerte de la distancia", una vez que la revolución en las tecnologías del transporte y la comunicación incrementan la hipermovilidad del capital que se libera de la "tiranía de la distancia" y ya nunca más está "atado al lugar" (Dicken, 1998, p. 10). La generalización de Internet y otras tecnologías de la comunicación han contribuido a la creación de un "ciberespacio des-materilizado" en el que tienen lugar transacciones financieras (Harvey, 2000). Es también lo que Castells ha explicado como una transición desde el “espacio de los lugares” al “espacio de los flujos”. En este nuevo contexto no son los “lugares”, espacios cerrados, fijados territorialmente y limitados sino las redes flexibles, móviles y adaptables a través de las que se recrean las relaciones sociales. La sociedad se torna líquida (Bauman, 2000); asistimos a un cambio desde una modernidad sólida y pesada hacia otra que es ligera y líquida donde se imponen la velocidad de movimiento de las personas, el dinero, las imágenes y la información (Urry, 2004).

Desde la izquierda académica (Brenner y Theodore, 2002) se ha recordado que esta fluidez y flexibilidad no hace sino agilizar los canales a través de los cuales el capitalismo[2], ahora bajo una nueva piel neoliberal, se expande, transforma, adapta y se reproduce en todos los rincones del planeta, fundando una especie de “nuevo imperio” bajo el dominio de los EEUU. Este imperio no tiene, de acuerdo con Hardt y Negri (2001), ningún centro territorial de poder y no se basa en fronteras o barreras fijas. Es más bien un aparato descentralizado y desterritorializado que progresivamente incorpora todo el globo con sus fronteras abiertas y expansivas.

Lo que no hay que perder de vista, sin embargo, es que este nuevo capitalismo no es a-espacial, sino todo lo contrario. El capital, por muy móvil, fluido o volátil que sea no puede vivir reproduciéndose en abstracto, sino que necesita, como dice Harvey, de sus “anclajes espaciales”, concepto que veremos más adelante explicado en este artículo. Como también nos recuerda Massey (1995), aunque el capital sea cada vez más móvil, no debemos de olvidar que la fuerza de trabajo, es decir, los agentes que hacen posible la reproducción del capital, no son equiparablemente móviles. Sólo hay que recordar las inflexibles y rígidas regulaciones sobre la inmigración internacional. Así, resulta más fructífero analizar la globalización no tan

sólo como un proceso que aniquila barreras geográficas sino como un fenómeno que fija y produce otras nuevas barreras y límites (Swyngedouw, 2004), creando nuevas fronteras de gobernabilidad (Appadurai, 2001).

En esta nueva geografía del capitalismo se han analizado, sobre todo, las relaciones entre lo global y lo local. Toda una serie de estudios analizan cómo los fenómenos más globales adquieren significados diversos cuando son apropiados por comunidades locales. Los que están descontentos con la globalización animan a combatirla “desde abajo”, con eslóganes como “think global act local”. Paradójicamente, una de las entidades financieras más importantes del mundo, HSBC, también promueve la misma idea anunciándose como “the world’s local bank”. En un estudio sobre los “paisajes del capitalismo” a través de los anuncios televisivos de las corporaciones más importantes, Goldman, Papson y Kersey (<http://it.stlawu.edu/~global/index.html>) encuentran imágenes tanto de rascacielos y ciudades globales como de lugares remotos y rurales. Sin embargo, entender la globalización como un fenómeno que conecta o relaciona lo local con lo global no resulta interesante desde un punto de vista analítico y Swyngedouw (2000, p. 64) encuentra que el mito existente sobre la globalización, entendido como una relación desigual entre lo local y lo global, no hace más que “ofuscar, marginar y silenciar una lucha socio-espacial intensa y constante en la que la reconfiguración de las escalas espaciales”. Caer en la simplificación de que la globalización se reduce a una relación dicotómica entre lo local y lo global restringe más que abre posibilidades al estudio de la globalización.

La propuesta que hacen los estudios de escala como los voy a presentar en este artículo es que hay que entender los cambios recientes en la economía y el territorio como un *re-escalamiento* de ciertos procesos socio-económicos y políticos. Una vez que nos alejamos de los discursos de confrontación o relación entre lo local y lo global, aparece ante nosotros un panorama más complejo y libre en el que más que de conceptos como “local” o “global”, nos servimos de conceptos más amplios y abiertos como “espacio” o “lugar”. Este paisaje discursivo amplio, abierto y complejo es el que nos ofrece el concepto de escala, como veremos a lo largo de este artículo.

El objetivo de este artículo es realizar un recorrido crítico por la literatura mayoritariamente anglosajona que en los últimos años se ha centrado en el concepto de escala geográfica y las transformaciones socio-espaciales del capitalismo contemporáneo.

Hacia el concepto de escala

Las bases de la idea de la escala, como la vamos a tratar aquí, pueden ser encontradas en las discusiones que alrededor del concepto de “localidad” tuvieron lugar en los años 80 en el ámbito académico anglosajón y más concretamente en la sociología y geografía (ver Pratt 1991, para un “diario” de este debate). La crítica marxista radical de los años 70, escribe Massey (1985), fue demasiado lejos en su rechazo de la importancia de la organización espacial de las cosas, de la distancia, de la particularidad y consecuentemente dejó a la geografía sin sujeto. Como describe Smith (1987), por entonces, el punto de partida para una investigación era generalmente una teoría que explicara los hechos generales mientras que los patrones empíricos de cambios en las ciudades y regiones eran utilizados para ilustrar o defender esta teoría. En reacción a estos análisis a-espaciales, en los años 80 surgió entre los investigadores un interés por el “espacio” y la localidad de forma que “lo ‘único’ estaba de vuelta en la agenda” (Massey, 1985, p. 19). En 1987 Smith describía, como si se tratara de algo inaudito, una investigación de la Universidad de Birmingham en la que los investigadores habían elegido siete “localidades” en Inglaterra para estudiar los efectos de la reestructuración económica.

Este tipo de investigaciones, así como el interés por la localidad fue, sin embargo, interpretado por algunos como una retirada del marxismo y la llegada de una “proliferación de estudios de localidades y una moda postmoderna” (Dear, 1987, p. 366; ver también Massey, 1994, p. 129-135 sobre la identificación entre lo

local, lo concreto y el postmodernismo). Este debate (muestra del cual podemos observar en una acalorada discusión en la revista *Environment and Planning: Society and Space* de 1987, entre Harvey, Smith, Sayer, Cooke y otros) también se identificó con problemas más amplios en las ciencias sociales como la relación entre lo abstracto y lo empírico, lo general y lo particular, etc.

En conclusión, el debate sobre la localidad puso al frente la cuestión sobre el nivel de abstracción a la hora de realizar análisis geográficos. Cox y Mair, (1987) propusieron acabar una discusión que para ellos estaba centrada alrededor de dicotomías y sugirieron que a la hora de investigar los procesos espaciales, los geógrafos deberían utilizar una jerarquía de niveles de abstracción. Otra de las conclusiones de este debate fue, sin duda, la idea de que “la geografía importa” y que el espacio es una variable a tener en cuenta ya que los procesos económicos se desarrollaban desigualmente a través del espacio. Sin embargo, esta simple constatación de la importancia del espacio fue rápidamente criticada arguyendo que “simplemente establecer que el capitalismo está desigualmente desarrollado no dice nada acerca de la escala en la cual podemos encontrar este desarrollo desigual” (Duncan y Savage, 1989, p. 183). Como también comentó Massey (1994, p. 86), un análisis sobre el desarrollo desigual del capitalismo tiene que ver con el descubrimiento de que hay más puestos de trabajo en un sitio que en otro, pero no nos dice nada sobre la relación entre la desigualdad y sus causas en las estructuras profundas de la organización de la sociedad.

En lo que se refiere al concepto de escala que nos ocupa en este artículo, Neil Smith hizo una de las aportaciones más importantes. El geógrafo marxista señaló en 1984 que las raíces del desarrollo desigual se encuentran en los propios patrones de acumulación del capital. El capital se debate siempre entre una tendencia a la universalización y su necesidad de fijarse en sitios concretos que inevitablemente lo convierten en algo particular. Esta tendencia contradictoria se materializa, con el tiempo, en una forma territorialmente particular agrupándose en torno a una jerarquía de escalas espaciales (Smith 1984, p. 135). Las escalas, como explica Marston (2000, p. 229) refiriéndose al trabajo de Smith, se (re)crean a través de los procesos capitalistas y se organizan en torno a una jerarquía sistemática que mantiene y facilita diferentes procesos involucrados en la acumulación y circulación del capital. Generalmente, de acuerdo con Smith, las principales escalas para la reproducción del capitalismo son la urbana, la regional, la global y la del estado-nación. En otras palabras, estas son las escalas principales alrededor de las cuales el capitalismo encuentra una cierta coherencia, un cierto consenso entre los actores principales para llevar a cabo su proyecto alrededor de este espacio. El análisis del proceso de formación de las escalas, sea urbana, regional, nacional o local, nos ofrece, por lo tanto, una ventana crucial a la comprensión del desarrollo desigual del capitalismo y a su frágil tendencia al equilibrio.

El andamiaje geográfico del capitalismo

Este concepto de escala, adelantado por el debate sobre la localidad en los 80 y los trabajos de Neil Smith, ha sido aprehendido por los debates que podríamos llamar neo-marxistas que tratan hoy en día de explicar los cambios espaciales en la organización del capitalismo una vez que se ha roto el consenso fordista que funcionaba mayoritariamente alrededor del Estado-Nación.

Este debate sobre el desarrollo desigual del capitalismo y las aportaciones del concepto de escala ha tomado una dimensión considerable. Las discusiones en las revistas académicas en inglés son frecuentes sobre todo en *Progress in Human Geography*, *Political Geography*, *European Urban and Regional Studies*, *International Journal of Urban and Regional Research* o *Antipode*. Sin embargo, o quizá por esta misma razón, es difícil encontrar una definición lo suficientemente convincente y que capture la complejidad del concepto de escala.

Una de las definiciones más amplias que podemos encontrar en este cuerpo de literatura es la que nos ofrecen Delaney y Leitner (1997, p. 93) cuando indican que la escala geográfica se refiere a “una jerarquía entrelazada de espacios definidos que difieren en su tamaño: local, regional, nacional o internacional”. Al

igual que Smith (1984) estos autores también nos hablan de las escalas urbana, global y nacional como las principales. Según estas definiciones, por lo tanto, la escala puede entenderse como una especie de límite o borde en el que envolvemos fenómenos sociales, una “tecnología para limitar” (Herod y Wright, 2002, p. 6), áreas o unidades espaciales. En las próximas páginas me centraré en el concepto de escala tal y como se ha desarrollado en el amplio ámbito de la Economía Política y en la geografía crítica. Haré un recorrido por la literatura en este campo comenzando por las ideas más básicas (y quizá más rígidas) y añadiendo paso a paso elementos más complejos.

El anclaje espacial y la coherencia estructural

El debate sobre la escala ha recogido las reflexiones de autores neo-marxistas como Lefebvre, Smith y Harvey y sus preocupaciones por el desarrollo desigual del capitalismo a través del espacio. Uno de los conceptos sobre los que se basa toda la discusión de la escala, y que es original de Harvey, es la idea de que el capitalismo necesita de un “anclaje espacial” para su reproducción. Como Smith, Harvey también entiende que el capitalismo es inherentemente contradictorio y que se mueve entre, por un lado, la lógica de la expansión y movilidad y, por otro, la necesidad de fijación para la construcción de infraestructuras que permitan su acumulación. En otras palabras, aunque el capital[3] idealmente se movería continuamente hacia allí donde le resultara más beneficioso reproducirse (menores costes laborales, mejor acceso a redes de distribución...), sin embargo, necesita fijarse en espacios concretos para construir las fábricas, las carreteras, los puertos y aeropuertos que le permiten seguir acumulándose. Es decir, el capital, como dice Harvey, no puede vivir sin sus “anclajes espaciales” y,

una vez tras otra [el capital] se vuelca en la reorganización geográfica (tanto la expansión como la intensificación) como una solución parcial a sus crisis e impases. El capitalismo, por lo tanto, construye y reconstruye una geografía a su propia imagen (Harvey, 2000, p. 54)

El capitalismo, mediante las prácticas reproducidas por los hombres y mujeres (trabajadores, inversores, consumidores, empresarios, etc), construye una especie de segunda piel compuesta de una forma territorial distintiva y formada por infraestructuras de transporte, formas institucionales y regulatorias que le permiten circular libremente y acumularse. Pero como decía Smith, esta segunda piel espacial se organiza y agrupa alrededor de ciertas escalas que temporalmente adquieren una “coherencia estructural” (Harvey, 1985). Esta “coherencia estructural” es alrededor de la cual el capital adquiere por fin una especie de alivio y puede reproducirse salvando y canalizando sus contradicciones. En otras palabras, podríamos decir que es la escala en la que los actores capitalistas pueden relacionarse con menores costes alrededor de un proyecto común. Según Harvey, esta situación se logra normalmente alrededor de una región urbana o ciudad porque esta es la distancia en la que los trabajadores pueden viajar y consumir su sueldo. La “coherencia estructural” se organiza así en el contorno de un mercado laboral local en el que la lucha de clases sobre las condiciones de trabajo, los salarios y las relaciones de consumo y distribución pueden ser negociados. El propio Harvey, sin embargo, mantiene que la “coherencia estructural” es más una tendencia ideal que una situación posible y, admite que “el equilibrio solo puede ser logrado por accidente y entonces tan sólo momentáneamente” (Harvey, 1985, p. 143). También, el mismo Harvey (1985) admite que, con la creciente competición interurbana y la globalización, resulta prácticamente imposible encontrar una “coherencia estructural” alrededor de una región urbana.

Lo interesante de los conceptos de “anclaje espacial” y “coherencia estructural” es que justamente llaman la atención sobre la constante dinámica en la cual se mueve el capital: entre la movilidad y la fijación, donde el equilibrio temporal alrededor de una forma territorial concreta es tan sólo una tendencia o un objetivo. Sobre la base de esta idea Swyngedouw (1997, p. 146) sugiere que “la escala representa exactamente este compromiso socio-espacial temporal que contiene y canaliza el conflicto”. Esta es quizá la base conceptual de la idea de la escala de la que parten los ulteriores debates. La escala es, por lo tanto, el ámbito geográfico en que en un determinado momento se produce una cierta coherencia y fijación de los procesos de acumulación del capital.

El anclaje escalar contingente del capitalismo

Prosiguiendo en este camino por entender mejor el concepto de escala, Brenner (1999, p. 433), siguiendo a Smith y a Lefebvre, propone que en vez de hablar de “anclaje espacial” resulta más apropiado imaginarse un “anclaje escalar” más general, compuesto por formas de organización territoriales que incluyen aglomeraciones urbano-regionales, instituciones estatales y la economía global y que entrañan, pero trascienden, la escala urbana. Se trataría de un “andamio geográfico socialmente producido sobre, en, y a través del cual las diferentes formas del capital son sucesivamente des- y re-territorializadas” (Íbid, p. 434). La naturaleza contradictoria de las relaciones sociales en un sistema capitalista implica que el capital experimenta continuamente procesos de re y des-territorialización a través del espacio. Con el tiempo, sin embargo, estos procesos llegan a un punto en el que pueden adquirir una cierta coherencia y carácter fijo y se convierten en una especie de “infraestructura geográfica” o “andamiaje geográfico” a través del cual el capitalismo se acumula. Esta coherencia y estabilidad, como sabemos, es siempre temporal y el capitalismo atraviesa también crisis, tendencias desestructurantes y períodos de inestabilidad cuando la configuración-escalar sobre la que se basa también se reorganiza, creando un nuevo andamio para una nueva ola de crecimiento capitalista” (Brenner, 1999, p. 434).

De forma similar, Brenner y Theodore (2002, p. 7-8) (siguiendo a Schumpeter) proponen comprender este fenómeno como un proceso de “destrucción creativa”, que tiene lugar cuando “la configuración de la organización territorial que soportaba la ronda previa de expansión del capitalismo es desechada y reconstruida para establecer un nuevo enrejado localizacional para el proceso de acumulación”. Es decir, como apuntaban Moulaert y Swyngedouw (1989, p. 330), “la producción del espacio, se convierte en parte integral del régimen de acumulación. Cada régimen produce un modo específico de organización espacial profundamente diferente del anterior. Cada régimen crea nuevas o renovadas formas de crisis espacial”.

El “anclaje espacio-temporal” del fordismo y la crisis

La Aproximación en clave de Regulación (AR)[4], una de las teorías heterodoxas de economía política, se ha interesado particularmente por la configuración escalar del fordismo[5] y los procesos de reorganización de este andamiaje geográfico con la crisis fordista. La AR, al igual que otras teorías de la economía evolucionista o institucionalista, está interesada por el análisis a largo plazo del capitalismo y por las transformaciones que pueden dar lugar a la configuración de etapas relativamente coherentes desde el punto de vista económico. Al analizar los cambios en la configuración territorial del sistema capitalista en clave evolutiva, la AR ha añadido una dimensión temporal al concepto de escala. En consonancia, Jessop (2000a) propone el concepto de “anclaje espacio-temporal”, que se refiere a los límites no sólo espaciales sino también temporales alrededor de los cuales la coherencia estructural relativa se asegura. Las escalas y horizontes temporales alrededor de los cuales se construye este anclaje, así como el alcance de su coherencia, varían a través del tiempo. De acuerdo con el análisis regulacionista, durante la “Era Dorada” del fordismo Atlántico la escala nacional de organización económica fue la dominante ya que las economías nacionales eran “los objetos aceptados sin cuestionamiento para la gestión económica” (Jessop, 2000, p. 337). Esto no quiere decir que las escalas locales como la municipal o regional o supranacionales no existieran o fueran irrelevantes, sino que adquirirían relevancia en relación al Estado-Nación. Como indica Jessop, el Estado-Nación era la escala “natural” alrededor de la cual se organizaban las actividades económicas. Brenner (1999) también coincide en señalar que hasta los años 1970, los procesos de des y re-territorialización ocurrían principalmente en el seno del andamiaje geográfico del Estado-Nación, hasta tal punto que, a veces esta escala se naturalizaba y se daba por sentado. Durante este período “la redistribución, las negociaciones y los compromisos de clase a nivel nacional, contribuyeron a una formación social relativamente coherente que era compatible con un cierto modo de acumulación del capital” (Uitermark, 2002, p. 760).

Pero la propia organización espacial y tecnológica del fordismo escondía las bases de su crisis. De acuerdo con Swyngedouw (1989), el Modo de Regulación Fordista escondía, entre otras, una contradicción espacial inherente ya que a la vez que la regulación estaba basada a nivel del Estado-Nación, la producción y la división del trabajo se habían internacionalizado hacia países menos industrializados. Esto resultó en una estructura de producción piramidal y en mercados de trabajo segmentados. Poco a poco la relativa fijación del entorno social y construido de las áreas centrales de producción del fordismo (como aglomeraciones urbanas o regiones industriales), cuya base económica había sido seriamente minada por la crisis fordista, obstaculizó su reconstrucción según los nuevos requerimientos más flexibles (Íbid). Así, el anclaje espacial de “plantas de producción gigantes rápidamente llegó a sus límites, mientras que grandes partes del capital de producción permanecieron inmovilizados como capital fijo” (Moulaert y Swyngedouw, 1989, p. 333). La crisis del fordismo implicó también un "re-escalamiento significativo de una serie de prácticas regulatorias. Los códigos regulatorios, normas e instituciones se alteraron espacialmente de una escala a otra" (Swyngedouw, 1997, p. 156).

Aunque existe un relativo consenso entre académicos de que el modelo fordista ya no es hegemónico como forma de organización económica y social (Amin, 1994), no existe un acuerdo en la literatura sobre el tipo de andamiaje espacial que se ha ido consolidando progresivamente. La narrativa del “Nuevo Localismo” o “Nuevo Regionalismo” (Lovering, 1995, 1999) ha defendido que, en un régimen de acumulación más flexible como el post-fordista, las regiones y las localidades están tomando un papel más importante como sitios de regulación. Desde la AR, sin embargo, estas afirmaciones se han tomado con relativa precaución. Lipietz (1993) es reacio a aceptar una serie de afirmaciones que provienen de estudios tan dispares como los “distritos industriales” en Italia, las tesis de Piore y Sabel sobre la acumulación flexible y las teorías sobre el crecimiento de las aglomeraciones urbanas de la Escuela Californiana (Scott, Storper o Walker). Según Lipietz (1993), estos trabajos son demasiado limitados y no tienen en cuenta que algunos de estos casos son especialmente particulares y no generalizables a todo un posible nuevo régimen de acumulación. Además, Lipietz también coincide con Swyngedouw (1989) en apuntar que el viejo fordismo, la producción en masa, y las grandes fábricas no han desaparecido del todo y por lo tanto no es acertado hablar de la desaparición total de este modelo, sino que es más productivo analizar los procesos que existen en la actualidad sin tenerlos que encajar en un modelo fordista o post-fordista. Según Lipietz (1993), el problema detrás de las tesis del “Nuevo Localismo” es que intentan buscar patrones regulatorios coherentes, cuando simplemente todavía no existe un nuevo modelo de desarrollo en el que cristalicen nuevas formas espaciales. “Es mucho mejor” para Lipietz (1993, p. 14) “estudiar las formas vivientes de regulación que se están posicionando, que pensar en su coherencia”.

La conclusión es, más bien, que la crisis de la infraestructura escalar del consenso fordista no ha cuajado (quizá todavía) en una nueva forma espacial. De hecho, según Painter y Goodwin (1995, p. 335), “esperamos que los procesos y tendencias regulatorias se desarrollen desigualmente y resulten en una compleja serie de intersecciones y superposiciones de geografías de regulación”, sin una forma espacial definitiva y completa. Así, los procesos de re-escalamiento actuales son mejor entendidos como parte de lo Jessop llama la “relativización de la escala”. De acuerdo con esta tesis, aunque la escala nacional ha perdido la condición de primacía que tenía durante el fordismo, “no hay una escala política o económica (sea esta mundial, local o urbana) que haya logrado una hegemonía parecida en el actual período postfordista” (Jessop, 2000, p. 104). Lo que ocurre, sin embargo, es que estamos asistiendo a una proliferación de escalas parciales, territoriales o telemáticas (como el ciberespacio o Internet).

La política de escalas^[6]

Si, como hemos visto, desde la economía política se ha analizado la creciente complejización de la geografía escalar del capitalismo, en los últimos años también ha habido un giro en los estudios territoriales y urbanos hacia un concepto más fluido y relacional del espacio, donde las ciudades, por ejemplo, se analizan no como meros containeres fijos y sólidos de la vida social sino como lugares complejos y sujetos a

múltiples interpretaciones (Graham y Healey, 1999). De forma pareja Massey (1994, 1995) ha defendido también un concepto de espacio o lugar que no tiene esencia, que es fluido y contestado, y que se está incrustado de forma compleja en geografías existentes poder y que es experimentado de forma diversa por diferentes personas. Como reflejo de estas reflexiones ha surgido también una concepción anti-esencialista de las escalas; en otras palabras un “descubrimiento” de que las escalas no son algo que nos viene dado externamente, sino que es fruto de nuestra propia interacción social. Consecuentemente, el hecho de que una cierta actividad tenga lugar a una cierta escala territorial es algo que viene determinado, como dice Peck, por las condiciones específicas de cada momento y lugar:

Esta aproximación al estudio de las escalas ha sido denominada de forma general “la política de escalas”^[7] en una creciente literatura, sobre todo en la geografía política. Esta expresión fue por primera vez usada por Neil Smith, para expresar un movimiento desde la idea de las escalas geográficas como plataformas de circulación del capital, hacia las escalas como marcos para una gama más amplia de actividades sociales y luchas políticas (Brenner, 2001, p. 599). Generalmente, se ha utilizado para sintetizar la visión de que las escalas se construyen socialmente y que pueden, por lo tanto, cambiar a lo largo del tiempo a través de la contestación socio-política. Se trata de una evolución desde la percepción de las escalas como algo fijo a su análisis como algo relacional (Paasi, 2004)

Toda una serie de trabajos en las ciencias sociales se están nutriendo también de este debate escalar y consecuentemente contribuyendo a la riqueza de la aproximación de la política de escalas. Desde la ecología política urbana Swyngedouw y Heynen (2003) describen poderosamente cómo las ciudades son redes densas de procesos socioespaciales simultáneamente locales y globales, humanos y físicos, culturales y orgánicos. Nos invitan a imaginarnos en una esquina de Picadilly Circus en Londres y a considerar las relaciones metabólicas sociales y medioambientales en este espacio donde se entremezclan humos de coche que provienen del petróleo de otros países, músicas promocionadas por multinacionales, inmigrantes internacionales, habitantes de un barrio vecino y cómo todo ello tiene un impacto medioambiental global. Investigaciones desde los estudios sobre el transnacionalismo y la inmigración también han ayudado a entender mejor la construcción de espacios transnacionales erigidos a través de relaciones entre los inmigrantes y su país de origen o entre inmigrantes internacionales de distintos orígenes que poseen intereses comunes. Estas prácticas espaciales están a su vez atravesadas por prejuicios o asunciones de género, clase o raza. Silvey (2004, p. 151) analiza las transformaciones de la economía indonesia nacional que se sustentaba en parte sobre la base del trabajo femenino doméstico y que en los últimos años se ha transformado profundamente por la inmigración de estas mujeres a Arabia Saudí, “estirando las fronteras de la economía doméstica hasta el espacio transnacional”.

Recogiendo todas estas contribuciones, en las siguientes páginas repaso los principios más importantes de la aproximación de política de escalas guiándome de la síntesis que Peck (2002) ha realizado.

Las escalas son constructos sociales

El primer principio, como ya hemos adelantado, es que las escalas no están ontológicamente dadas de antemano, sino que son constructos sociales. Smith (1984, p. 136), en su trabajo sobre el desarrollo desigual del capitalismo a través de las escalas, observó que “el punto vital es no tomar estas escalas simplemente por sentado, por muy evidentes que aparezcan, sino entender sus orígenes, determinación y coherencia interna”. Es decir, que las escalas, como la urbana, regional, nacional, o cualquier otra, no existen ahí fuera como parte del paisaje esperando a que las descubramos, sino que son expresiones mismas de la organización de procesos sociales (Cox, 1996, p. 668; Delaney y Leitner, 1997, p. 94). En otras palabras, las escalas no existen en una especie de limbo previo a la interacción social, esperando a ser utilizadas en las relaciones sociales sino que son la propia expresión de estas relaciones.

Relacionado con esta primera premisa, está el hecho de que la localización escalar de funciones político-

económicas, es algo histórica y geográficamente contingente (Peck, 2002, p. 340). Como hemos visto recientemente, la política monetaria, función tradicionalmente asociada con el Estado-Nación, ha pasado a ser una función supra-estatal desde la entrada en funcionamiento del Euro. Del mismo modo, Cox reta la idea de que las políticas locales tengan que tener lugar en una escala local. “La política local”, de acuerdo con Cox “puede ser metropolitana, regional, nacional o incluso internacional, en la medida en que diferentes organizaciones intentan asegurar aquellas redes de relaciones a través de las cuales los proyectos pueden realizarse” (Cox, 1998, p. 19). Los esfuerzos de los políticos y los Alcaldes de municipios deprimidos por asegurar inversiones que en muchos casos pueden ser de corporaciones multinacionales tienen claramente que ver con esta visión trans-escalar.

Las relaciones de poder

En segundo lugar, las relaciones escalares son, inevitablemente, relaciones de poder. La escala es tanto un objeto como un medio para las luchas económico-políticas. Los procesos de (re)construcción de las escalas alteran y expresan cambios en la geometría del poder social reforzando el poder y el control de algunos y limitando el poder de otros (Swyngedouw, 1997). Por ejemplo, Uitermark, refiriéndose a la construcción de la Unión Europea afirma “aquellos que tienen más poder político y financiero tienen una influencia desproporcionada en la formación de la organización escalar de la sociedad” lo cual se refleja en el empeño de una élite política y económica para construir una Europa unida y selectiva (Uitermark, 2002, p. 749).

La visión de las escalas como arenas de movilización de poder guarda relación con el trabajo de Lipietz y sus conceptos de “armadura regional” y “bloques sociales territoriales”. En la base de estos dos conceptos está la distinción que Lipietz (1994) hace entre dos nociones diferentes de espacio: “espacio-en-sí” y “espacio-para-sí”. En el primero, el espacio es tan sólo un “momento”, un elemento, de la producción social, se trata de la base objetiva, del espacio empírico en el que las prácticas sociales tienen lugar y están incrustadas. El “espacio-en-sí” se refiere a las condiciones objetivas determinadas por el modo de producción. Por otro lado, un “espacio-para-sí” implica un lugar consciente de sí mismo en términos territoriales y de objetivos estratégicos. Aunque estos conceptos pueden resultar interesantes no debemos caer en el fetichismo espacial que justamente tratamos de evitar y debemos señalar rápidamente que, por supuesto, un “lugar” o una escala no se vuelven “consciente de sí mismos” por sí solos, sino que necesitan de un proyecto socio-político que los defina, los limite y se movilice a su alrededor. Esto es lo que Lipietz llama una “armadura regional” que, recordando a Gramsci, Lipietz (1994, p. 27) define como el “espacio-en-sí donde las clases dominantes del bloque hegemónico movilizan los aparatos ideológicos y políticos posibilitando la regulación de algún aspecto u otro del conflicto socio-económico al nivel de región apropiado”. Lo que resulta de interés desde la perspectiva de la política de escalas es analizar los procesos por los que ciertos grupos se movilizan alrededor de un espacio, definiendo sus objetivos y estrategias, como en el caso de la Unión Europea que mencionaba antes, y lo convierten en su escala de movilización (ver también Swyngedouw y Baeten, 2001, para el caso de Bruselas). En esta línea Peter Smith (2001) aboga por centrarse en un análisis del “poder representacional” que incluye preguntas tan relevantes como: ¿Quién tiene el poder de dar significado a las cosas, de nombrar a los demás, de construir el carácter de las identidades colectivas, de dar forma a los discursos de las políticas urbanas? ¿Por qué lo global, transnacional, nacional o local se convierten en circuitos de comunicación y redes de poder que se materializan en una forma urbana particular?, ¿Qué nuevas voces en la política urbana quedan silenciadas, invisibles o subordinadas?.

Más allá de la concepción jerárquica de las escalas

En tercer lugar, las escalas no deben entenderse como una especie de rodajas o rebanadas del espacio. Es decir, no deben reificarse como niveles o capas del mundo social, sino que es más apropiado imaginar cómo se enredan unas con otras, se mezclan e hibridizan. Como hemos visto a lo largo de todo este artículo, los conceptos sobre el espacio se representan muchas veces mediante metáforas. En el caso de las escalas, esta

práctica ha reforzado en ocasiones su enfoque como niveles o capas, que resulta demasiado rígido. Howitt (1998), por ejemplo, repasa las diferentes metáforas mediante las cuales se ha representado el concepto de escala en la literatura reciente, y que, en los últimos años, en línea con este giro hacia una concepción más fluida han ido dejando espacio para un concepto de escala más flexible. La metáfora más utilizada y también más básica y simple es en la que la escala se relaciona con el "tamaño" y con una visión cartográfica de los mapas. Las escalas también se han entendido como "niveles" que se organizan en jerarquías piramidales. Esta metáfora también nos recuerda a una escalera en la que cada escala es representada por un peldaño que podemos subir y bajar y por la cual pasamos del peldaño "local" al "global" a través del "regional", y "nacional". Lo que parece sugerir esta metáfora es que para poder subir desde una escala local a una internacional hay que necesariamente pasar por las intermedias. "En esta metáfora, los peldaños están conectados por las piezas laterales de la escalera, pero son bastante distintos unos de otros –cada peldaño es una entidad separada, incluso aunque todas estén íntimamente conectadas para formar toda la estructura" (Herod y Wright, 2002, p. 6). Otra metáfora, similar a la de la pirámide, es la de una jerarquía anidada, en la que las escalas se van apilando unas dentro de otras como las muñecas rusas. Así, la escala global contiene y participa de las escalas "más pequeñas" como la local, regional, nacional, etc. Esta metáfora también es problemática, porque como comenta Howitt (1993, p. 36) implica que la "suma de todas las partes pequeñas produce el total más grande". Ante estas metáforas, Howitt (Íbid) propone una aproximación relacional al estudio de la política de escalas:

Los procesos, instituciones, fuerzas, relaciones y demás que tienen lugar en una escala interactúan *dialécticamente* con los procesos, instituciones, fuerzas, relaciones y demás que tienen lugar en todas las otras escalas. Esto no ocurre secuencialmente, en el sentido de filtrándose hacia arriba o hacia abajo a través de la jerarquía. Por el contrario, estas interacciones deben ser reconceptualizadas como si tuvieran lugar simultáneamente y de forma multidireccional, dentro y entre varias escalas (énfasis añadido)

Recientemente, varias aportaciones han sugerido la metáfora de la red como la más adecuada para entender los procesos en los que opera la política de escalas. Sheppard, (2002) y Leitner et al, (2002) han relacionado la creciente literatura sobre la "sociedad red" y la red como metáfora para expresar la globalización y la política de escalas. La metáfora de la red tiene 4 ventajas principalmente sobre las demás (Leitner et al, 2002, p. 287): 1) las redes se expanden a través del espacio pero no lo cubren, evitando así su limitación alrededor de territorios; 2) las redes trascienden frecuentemente los límites que dividen los espacios de los modos de gobernanza jerárquica; 3) La flexibilidad de la red significa que los límites que separan los sitios que forman parte y no de la red, cambian frecuentemente; y, 4) los espacios de la red pueden superponerse e interpenetrar unos en otros. Por lo tanto, la extensión de las redes se suele sobreponer de forma que miembros individuales pueden formar parte de muchas redes. Latour, exponente de la Teoría del Actor-Red (Actor Network Theory), expresa con contundencia su visión flexible de las escalas:

¿Es acaso una línea de ferrocarril local o global? Ninguna. Es local en todos los puntos, ya que siempre encuentras traviesas y trabajadores del tren, y tienes estaciones y máquinas expendedoras de billetes esparcidas a lo largo. También es global, ya que te lleva desde (...) Brest a Vladivostok. Sin embargo, no es lo suficientemente universal para llevarte a cualquier sitio. Hay senderos continuos que te conducen de lo local a lo global (...). Las redes (networks), como su nombre indica, son redes (nets) que se echan al espacio (...) son líneas conectadas, no superficies. (Latour, 1993, p. 117-9 citado en Sheppard, 2002, p. 317)

Ahora bien, la posible horizontalidad de las redes se ha criticado por poder oscurecer jerarquías de poder y las desigualdades dentro de las redes. Tanto Sheppard (2002) como Leitner y Sheppard (2002) enfatizan que resulta importante analizar la posición de un determinado elemento dentro de las redes para no perder el sentido de verticalidad al igual que el de horizontalidad. Por otra parte, Leitner et al (2002), han señalado que las redes también están insertas en procesos escalares, como por ejemplo en el caso de las redes transnacionales de ciudades y regiones tales como Eurocities, o las Regiones del Arco Atlántico. Estos dos trabajos de Sheppard (2002) y Leitner et al (2002), vienen a decirnos que la política de escalas puede entenderse como un proceso que ocurre a través de redes y que estas redes, a su vez, participan de procesos de (re)estructuración escalar.

Para terminar con las metáforas de las escalas me gustaría añadir una última, propuesta por Brenner, y que viene a señalar esa transición hacia una visión más flexible de la política de escalas. Según Brenner (2001, p. 607 énfasis añadido), "los procesos de estructuración escalar constituyen geografías y *coreografías* de poder social". Esto implica que

Por un lado, el establecimiento y reorganización de jerarquías escalares crea geografías y coreografías de inclusión/exclusión y dominación/subordinación que dan poder a algunos actores, alianzas y organizaciones a expensas de otros de acuerdo con criterios como clase, género, raza/etnicidad y nacionalidad. Por otro lado, estas jerarquías escalares pueden operar no sólo como arenas de luchas de poder social sino también como sus propios objetos en la medida en que son retadas y desequilibradas en el curso de las luchas y conflictos socio-espaciales (Íbid, p. 608)

La escala es un concepto dinámico y procesual

En cuarto lugar, y derivado del punto anterior, las escalas deben entenderse en términos dinámicos y relacionales. Sin embargo, la idea de las escalas relacionándose unas con otras, o la metáfora de una red de escalas, incide en la sensación de que las escalas son entidades cerradas, unas separadas de las otras, que se relacionan de forma dialéctica o en una red. Esta concepción escalar no está a la altura de la flexibilidad de los conceptos de espacio y lugar que ya hemos comentado. Por esta razón Swyngedouw (1997, p. 141) critica la visión "relacional" de Howit porque es una

[f]orma reificada típica de enfrentarse a la escala, asignando motivos, fuerzas y acciones a configuraciones geográficas (...) y a su interacción, en vez de a las luchas entre los individuos y grupos sociales a través de cuyas acciones y su articulación. Así [las escalas] se convierten en puntos muertos temporales en la perpetua y transformativa lucha de poder socioespacial

Swyngedouw propone que, en vez de encerrar ciertos procesos sociales en ciertas unidades territoriales y después relacionarlos entre sí, debemos fijarnos en aquellos procesos escalares o estrategias escalares que cruzan todas las escalas y que al hacerlo las re-estructuran y re-combinan. De acuerdo con él, "la prioridad teórica y política entonces nunca reside en una escala geográfica particular sino en el *proceso* por el que escalas particulares se crean y subsiguientemente se transforman" (Swyngedouw, 2004, p. 33 énfasis añadido).

Esta preocupación investigadora es la que abarcan los conceptos que Cox ha propuesto para analizar las políticas locales. Cox (1998) distingue entre "espacios de dependencia" y "espacios de compromiso". Los "espacios de dependencia" están definidos por aquellas relaciones sociales relativamente locales y no sustituibles, por ejemplo, la fuerza de trabajo que no es intercambiable ni hipermóvil, o el capital fijo como las fábricas, carreteras o trenes. Según Cox, sin embargo, estos factores son en realidad dependientes de una serie de relaciones de un carácter más global que, continuamente amenazan con disolverlos. Estas relaciones trans-escalares conforman los "espacios de compromiso", en los que discurren las maniobras políticas para asegurar los "espacios de dependencia". De nuevo, la imagen de los políticos locales que intentan asegurar la inversión de una compañía internacional para poder mantener una calidad de vida en su municipio me viene a la mente.

Otro concepto ligado al interés por los procesos *a través de escalas* es el concepto de "salto de escalas" (Smith, 1993). Esta idea generalmente se refiere a las estrategias de los actores y grupos para subir escalas, para "escalar" en sus demandas. Es una de las estrategias escalares en la que los individuos y grupos desarrollan mecanismos para resistir y superar su control y confinamiento (social, material y representativo) a una escala en particular (Fuller y Jonas, 2001). Sin embargo, esta idea de nuevo amenaza con caer en una visión "de escalera" en la que "se da prioridad a las escalas más que a los procesos que las constituyen, de forma que las escalas hacen la función de estructura esquelética en la que, y entre la que, la vida social tiene lugar" (Herod y Wright, 2002, p. 11).

En una aproximación *procesual* como la que propone Swyngedouw, la escala local o regional no son

containeres en los que tienen lugar luchas y conflictos sociales, sino que son nuestro propio punto de partida en la investigación en la que nos preguntamos cómo se construye una escala y consecuentemente con qué enredos escalares nos encontramos. Es decir, las preguntas de investigación en esta perspectiva de política de escalas deben comenzar por cuestionar la propia escala en la que tienen lugar los procesos sociales que nos interesan y nunca dar por sentada su localización espacial. Nuestra curiosidad analítica tiene que dirigirse a descubrir los procesos sociales que trascienden una escala. El objeto de la investigación debe actuar como una ventana a través de la que nos asomamos a la complejidad en la que los procesos sociales se desenvuelven a través de escalas. Por ejemplo Amin (2001, p. 1239) propone que el estudio de lo local es el análisis de las prácticas situacionales de las geografías cambiantes. La perspectiva procesual de la política de escalas dirige su atención hacia los procesos que fijan y cambian las escalas, a los procesos de “re-escalamiento” y no tanto a aquellos que se circunscribe a una sola escala.

El poder de las narrativas escalares

Por último quiero referirme a las narrativas escalares como un concepto de gran interés desde el punto de vista analítico. Como decíamos, las escalas son ámbitos de poder y pueden llegar a ser espacios de compromiso donde un grupo desarrolla su proyecto político. Las narrativas escalares son las historias que justifican, enmarcan y dan coherencia a la emergencia de una escala como un ámbito de movilización política. En este contexto de globalización, por lo general, estas narrativas son discursos relativamente simples, que presentan la realidad en términos dicotómicos: antes/después, industrial/post-industrial, local/global, etc. y la organizan mediante una estructura lógica entre sus diferentes momentos. Ninguna de estas narrativas pretende ofrecer una visión compleja de los cambios escalares en el sistema capitalista. Se limitan, sin embargo, a resumir la realidad en historias fáciles de entender que proveen del suficiente poder explicatorio a los actores para justificar sus acciones. Estas narrativas sobre la globalización, como “El Nuevo Localismo”, “el fin del estado-nación”, “las ciudades globales” o “la ciudad postindustrial” funcionan como fantasías que nos ayudan a organizar nuestras acciones y a demarcarlas espacialmente en una época de profundos cambios. Jessop (1997a, p. 61), llama la atención sobre “el papel que el imaginario espacial y las narrativas o discursos económicos juegan en demarcar un espacio económico local con una comunidad imaginada de intereses económicos, en un mar de nexos cambiantes de relaciones globales-regionales-nacionales-locales”.

Este debate sobre las narrativas escalares ha puesto de manifiesto la importancia de los elementos discursivos en la construcción social de las escalas. Swyngedouw (1997, p. 140), desde esta aproximación procesual escalar ha sugerido la escala “como la arena y el momento, tanto discursiva como material, donde las relaciones de poder socioespacial son contestadas y los compromisos son negociados y regulados”. Jones (1998) también ha reflexionado sobre el poder representacional de las escalas que, para ella, son marcos para representar la espacialidad política que a su vez siempre tienen consecuencias materiales. Así, Jones llama a las escalas “tropos de representación” a través de los cuales, los agentes o grupos ofrecen una visión de cómo entienden el espacio. Esta representación omite, enfatiza, simplifica y selecciona los elementos necesarios para poder ofrecer discursos explicatorios convincentes. Como veíamos anteriormente, la narrativa escalar del “Nuevo Localismo” selecciona sólo ciertos ejemplos y simplifica la compleja re-estructuración escalar de la economía en una simple dialéctica entre lo local y lo global. De la misma forma Peter Smith (2001, p. 2) afirma que,

las construcciones de lo “global” o lo “local” son “posiciones” construidas discursivamente que son apropiadas y utilizadas por fuerzas sociales específicas en momentos particulares (...) la globalización y la localización son metáforas espaciales y culturales insertas en un tiempo histórico.

Desde un punto de vista crítico lo que resulta interesante es que estas narrativas pueden reflejar y de hecho reproducir una cierta ideología promoviendo ciertos comportamientos políticos y económicos y desaconsejando otros. En esta línea, Peck (2002), se preocupa de cómo los discursos neoliberales se construyen y refuerzan mediante la invocación de narrativas escalares. Las narrativas escalares del “fin del

Estado”, “nuevo regionalismo”, “espacio de los flujos” o “muerte de la distancia” que como decíamos al principio del artículo forman parte del complejo guión de la globalización, proveen del discurso explicatorio necesario para justificar el estilo emprendedor de los políticos locales que, según la narrativa, cada vez se encuentran más a la merced de la globalización. De acuerdo con Sparke (2003, p. 374), la retórica de la globalización, promueve la idea que “la interdependencia económica se enmarca en un espacio global suave y descentralizado, una visión aplanada del espacio global que se refleja y reproduce en metáforas-conceptos como “campo de juego raso” o “espacio de flujos”. Es decir, que el capital puede moverse allá por donde quiera sin atender a fronteras o límites y que cualquier localidad puede verse afectada tanto por la implantación de nuevas inversiones como por su desmantelamiento. Esta imaginación escalar del capitalismo puede tener consecuencias políticas importantes ya que a la luz de esta presupuesta hipermovilidad del capital todos los gobiernos locales, regionales o nacionales se sienten crecientemente bajo presión de ofrecer las mejores condiciones empresariales, volviendo los mercados laborales más flexibles, las ventajas fiscales mayores y el gasto social público controlado (Swyngedouw, 2000). Actores específicos invocan la globalización como un momento estratégico discursivo persiguiendo objetivos específicos (Nielsen y Simonsen, 2003). Es sobre este poder ideológico de ciertas narrativas escalares y su invocación por ciertos actores que quiero finalizar este artículo haciendo algunas reflexiones sobre la política urbana.

A modo de reflexión final: preguntas de investigación desde la “política de escalas” sobre las actuales políticas urbanas

Podríamos decir que, en este artículo se han puesto de manifiesto dos visiones contradictorias. Por un lado, el hecho de que el capitalismo necesita para su acumulación de una infraestructura escalar fija y estable durante períodos relativamente largos, pero por otro lado, también he defendido que esta fijación no es más que una construcción social y que es, en última instancia, contingente y está sujeta a cambios. ¿Cómo pueden estas dos ideas ser parte de la explicación de la re-estructuración actual del capitalismo?

Las escalas, como he repetido varias veces, son construcciones sociales, es decir, no son elementos que pre-existen a la interacción social y que se nos presentan desde afuera. Las personas, mediante sus relaciones, sus hábitos, normas, costumbres e instituciones reproducen ciertas pautas que permiten la convivencia y un grado suficiente de consenso. Estas pautas tienen formas espaciales particulares que pueden acabar institucionalizándose en anclajes espaciales que eventualmente permiten una reproducción estable. Este es el "espacio-en-sí" en la terminología de Lipietz.

Pero como también he puesto de manifiesto en este artículo tanto las prácticas espaciales como las sociales están siempre impregnadas de poder. No todos los grupos ni individuos tienen acceso a los mismos recursos para influenciar en las pautas que acaban imponiéndose y reproduciéndose como las normales. Por lo tanto, no cualquier escala o configuración escalar puede llegar a convertirse en un sitio de regulación, es decir, no cualquier espacio puede convertirse en este compromiso socio-espacial temporal que contiene y canaliza el conflicto (Swyngedouw 1997, p. 146). Para que esto ocurra una escala tiene que convertirse en un "espacio-para-sí" pero, como dice Lipietz (1993), las características "objetivas" de un "espacio-en-sí" no proveen necesariamente de la base necesaria para la articulación de un "espacio-para-sí". Entonces, ¿qué es lo que se necesita para que una escala se convierta en un sitio de regulación?, o, en otras palabras, ¿qué es lo que se necesita para que una escala se convierta en un "anclaje espacio-temporal" alrededor del cual se establece una "coherencia estructural"? La respuesta es Poder, y un grupo de personas que movilizan su poder alrededor de un espacio.

Así, entiendo que el re-escalamiento del capitalismo es un proceso de lucha por la fijación de las escalas, que necesariamente implica la lucha entre distintos grupos de poder por imponer sus visiones sobre cómo debe organizarse la infraestructura geográfica del capitalismo. O, en palabras de Jessop (1997, p. 29), "las luchas para constituir economías específicas como sujetos, sitios e intereses de competición implican

típicamente la manipulación del poder y el conocimiento para establecer el reconocimiento de sus límites y geometrías". Estas luchas suponen, en última instancia, "la constitución discursiva de sitios específicos de la actividad económica como unidades "naturales" de gestión, regulación y gobernanza económica" (Íbid, p. 31).

Teniendo en cuenta este marco teórico, quiero plantear ciertas preguntas de investigación en relación a las políticas urbanas que hoy en día se proponen en nuestras ciudades. En las últimas tres décadas, las ciudades españolas han sufrido un proceso profundo de transformación con su apertura al mundo exterior. Muchas de las grandes ciudades españolas han seguido las pautas de una política emprendedora y arriesgada como la que se promociona en las narrativas de la globalización, invirtiendo en grandes infraestructuras culturales o de otro tipo. Algunos ejemplos de estas iniciativas son: el Museo Guggenheim en Bilbao, la Ciudad de las Ciencias en Valencia o eventos urbanos como en el caso de Barcelona con la Olimpiadas y el Forum de les Cultures, o Sevilla con la Expo, Madrid 2012, Copa América en Valencia, y Salamanca y otras ciudades con la capitalidad cultural Europea. Todas estas actuaciones forman parte de una política urbana más arriesgada que se nutre y justifica mediante las narrativas escalares de la globalización y sobre la que parece existir un creciente consenso entre académicos, pero sobre todo entre políticos y decisores locales. De hecho, Swyngedouw, Moulaert y Rodríguez (2002), tras llevar a cabo un estudio sobre grandes proyectos de regeneración urbana en ciudades europeas (entre las que se encuentra Bilbao), concluyen que lo que denominan el "urbanismo neoliberal" se ha convertido en el principal componente de las políticas urbanas en los últimos años. Este urbanismo trata de asignar recursos necesarios para la acumulación del capital ante los requerimientos de una "imaginada, asumida o real economía internacional desregulada" (Swyngedouw et al., 2002, p. 545).

Desde una aproximación de política de escalas como la planteada en este artículo pueden analizarse los procesos por los cuales este tipo de discursos de competitividad urbana han alcanzado este grado de hegemonía y se han convertido en el discurso "normal" de las políticas urbanas. Por ejemplo Jessop y Sum (2000) han estudiado cómo en Hong Kong el discurso de las "ciudades emprendedoras", que promueve una visión de las ciudades como empresas competitivas, ha conseguido satisfactoriamente entramarse de forma plausible conectando con otras narrativas geo-políticas y geo-económicas como la globalización, el fin del estado nación o las "regiones que aprenden".

En el caso de Londres, Gordon (2003) ha visto cómo la representación del rol de las ciudades (como, por ejemplo, ciudades globales) puede utilizarse para promocionar un tipo de estrategias políticas y una demanda de recursos económicos e inversiones. Estas estrategias políticas para promocionar el desarrollo económico de una ciudad hacia la esfera internacional, saltando escalas, generalmente reflejan una particular combinación de intereses privados que buscan beneficios imponiendo grandes costes sobre el resto de la comunidad (Ibid.). Estas narrativas de la globalización también son invocadas por los políticos locales que buscan recursos externos tanto nacionales como internacionales justificando mediante la narrativa la posible contribución de la ciudad en la economía internacional. Como vemos estas narrativas no son neutrales sino que transmiten una cierta ideología y se centran en demarcar un espacio económico con una comunidad imaginada de intereses económicos, en un mar de nexos cambiantes de relaciones globales-regionales-nacionales-locales Jessop (1997, p. 61).

El reto investigador desde la perspectiva que propongo en este artículo es desentramar los imaginarios espaciales que hoy en día dominan los procesos de decisión política. El reto reside en cuestionar la relación que existe entre la escala local o regional de las ciudades o ciudades-regiones con este tipo de discursos relativamente totalizadores sobre la globalización y la inapelable necesidad de ser más competitivos. Las preguntas de investigación desde una política de escalas deben dirigirse a entender mejor: ¿Quién produce estas narrativas?, ¿Qué elementos ideológicos promueven?, ¿Qué imaginación escalar sugieren?, ¿Qué decisiones políticas conllevan la absorción de estas narrativas en el debate político de la ciudad?, ¿Qué inversiones y recursos se movilizan?, ¿A quién benefician estas inversiones?

Buscando respuesta a estas preguntas estaremos más capacitados para defender que este tipo de políticas urbanas emprendedoras son una opción política y no tanto un imperativo económico insalvable. Un primer paso para ofrecer alternativas.

Notas

[1] El hecho de utilizar términos como guión, discurso o narrativa no quiere decir que entienda la globalización y otros procesos relacionados como invenciones o simple retórica. Se trata más bien de una opción teórica y metodológica que quiere resaltar que estos conceptos están sujetos a diversas interpretaciones y que no son externos a la acción social sino todo lo contrario fruto de la reproducción social. Marten Hajer (1995:44) define “discurso” como “el conjunto específico de ideas, conceptos y categorizaciones que se producen, reproducen y transforman en una serie de prácticas por las cuales se le da significado a la realidad social y física”.

[2] Siguiendo a Boltanski y Chiapelo (2002: p.35) voy a entender por capitalismo como “la perpetua puesta en circulación del capital dentro del circuito económico con el objetivo de extraer beneficios, es decir de incrementar el capital que será a su vez reinvertido de nuevo (...) conferiéndole [al capitalismo] esta dinámica y fuerza de transformación”. El capitalismo también conlleva una ideología en el sentido de “un conjunto de creencias compartidas, inscritas en instituciones [y] comprometidas en acciones” (Ibíd., p.33)

[3] Encontramos en estos autores una cierta des-personalización del capital como si se tratara de una fuerza autónoma. Por supuesto, aquí entiendo que el capital son aquellas inversiones que crean valor en el sistema de producción y que necesariamente necesitan de la acción social y de agentes concretos.

[4] La Aproximación Regulacionista (AR) es una teoría post-marxista de economía política que nació en Francia en los años 70 en el seno de varios grupos de investigadores economistas que se preguntaban cómo era posible que a pesar de la crisis económica el capitalismo consiguiera seguir reproduciéndose. Queriéndose alejar del estructuralismo y funcionalismo que imperaba entonces se interesaron en el análisis de los mecanismos y prácticas institucionales que, a largo plazo, construyen marcos relativamente estables y coherentes para la acumulación del capital (González, 2003)

[5] De acuerdo con la Aproximación Regulacionista el periodo del fordismo se extiende desde después de la segunda guerra mundial hasta mediados de los años 70. Jessop (2002) lo llama, de forma más concreta, fordismo Atlántico y lo circunscribe a los Estados Unidos, Canadá, y la Europa nor-occidental, Australia y Nueva Zelanda con variaciones entre estos países y hacia otros. Sin embargo esto no quiere decir que elementos típicos de la organización económica del fordismo no pudieran haber existido antes o que perduren hasta ahora. Los regulacionistas arguyen que fue en esta época cuando alcanzó su mayor coherencia como envoltorio espacio-temporal para la acumulación del capital.

[6] Una excelente revisión bibliográfica sobre la política de escalas puede leerse en Paasi (2004).

[7] He decidido traducir el término “politics of scale” al de “política de escalas” utilizando “política” en singular para que no se confunda con el concepto de “políticas públicas” generalmente utilizado en plural. He optado por pluralizar “escala” en la versión castellana, siguiendo con la distinción que Brenner (2001) realiza entre “politics of scale” y “politics of scales” donde la primera expresión se refiere a la producción, reconfiguración de algún aspecto de la organización socio-espacial dentro de una escaladenotes the una escala geográfica relativamente delimitada y la segunda a estos mismos procesos pero entre de escalas.

Bibliografía

AMIN, A. (ed.). *Post-Fordism. A Reader*. Oxford: Blackwell, 1994.

AMIN, Ash. Moving on: institutionalism in economic geography. *Environment and Planning A*, 2001, vol.33, p. 1237-1241.

APPADURAI, Arjun. Deep democracy: urban governmentality and the horizon of politics. *Environment & Urbanization*, 2001, vol. 13, n. 2, p.23-43.

BAUMAN, Z. *Globalization: the Human Consequences*. Cambridge: Polity Press, 1998.

BAUMAN, Z. *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity Press, 2000.

BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, É. *El Nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal, 2002.

BRENNER, Neil. Globalisation as reterritorialisation: the re-scaling of Urban Governance in the European Union. *Urban Studies*, 1999, vol. 36, n. 3, p. 431-451.

BRENNER, Neil. The limits to scale? Methodological reflection on scalar structuration. *Progress in Human Geography*, 2001, vol. 25, n.4, p. 591-614.

BRENNER, N. y THEODORE, N. (eds.) *Spaces of neoliberalism. Urban restructuring in north America and western Europe*. Oxford: Blackwell, 2002. También publicado como número especial de *Antipode*, 2002, vol. 34, n.3.

BRENNER, N. y THEODORE, N. Cities and the geographies of actually existing neoliberalism. In BRENNER, N. y THEODORE, N. (eds.) *Spaces of neoliberalism. Urban restructuring in north America and western Europe*. Oxford: Blackwell. 2002, pp. 1-32. También publicado como número especial de *Antipode*, 2002, vol. 34, n.3.

COX, Kevin and MAIR, Andrew. Levels of abstraction in Locality studies. *Antipode*, 1987, vol 21, n. 2, p. 121-132.

COX, Kevin. Editorial. The difference that scale makes. *Political Geography*, 1996, vol. 15, n.8, p. 667-669.

COX, Kevin. Spaces of dependence, spaces of engagement and the politics of scale, or looking for local politics. *Political Geography*, 1998, vol. 17, n.1, p. 1-23.

DEAR, Michael. Society, politics and social theory. *Environment and Planning: Society and Space*, 1987, vol. 5, p. 363-366.

DELANEY, David y LEITNER, Helga. The political construction of scale. *Political Geography*, 1997, vol. 16, n.2, p. 93-97.

DICKEN, P. *Global shift: transforming the world economy*. London: Paul Chapman, 1998.

DUNCAN, Simon y SAVAGE, Mike. Space, scale and Locality, *Antipode*, 1989, vol 21, n. 2, p. 179-206.

FULLER, Duncan y JONES, Andrew. Contradictions of spatial scale: The British credit union movement and scalar-strategic choices. *97 Annual Meeting of the Association of American Geographers*, Febrero 27-3 Marzo, 2001, New York.

GOLDMAN, Robert, PAPSON, Stephen, and NOAH, Kersey [en línea]. *Landscapes of Capital: Representing Time, Space, and Globalization in Corporate Advertising*. Canton, New York: University of St Lawrence. <http://it.stlawu.edu/~global/> [consulta 29 noviembre 2004].

GORDON, Ian. Capital Needs, Capital Growth and Global City Rhetoric in Mayor Livingstone's London Plan. *99th Annual Meeting of the Association of American Geographers*, 7 de Marzo, 2003, New Orleans.

GRAHAM, Simon y HEALEY, Patsy. Relational concepts of space and place: Issues for Planning Theory and Practice, *European Planning Studies*, 1999, vol. 7, n.5, p. 623-646.

HAJER, M. *The politics of environmental discourse. Ecological modernization and the policy process*. Oxford: Oxford University Press, 1995.

HARDT, M. y NEGRI, A. *Empire*. London: Harvard University Press, 2001.

HARVEY, D. *The Urbanization of Capital*. Oxford; Blackwell, 1985.

HARVEY, D. *Spaces of Hope*. Edimburgh: Edimburgh University Press, 2000.

HEROD, A. y WRIGHT, M. (eds.) *Geographies of power. Placing scale*. Oxford: Blackwell, 2002.

HOWITT, Richie. A world in a grain of sand. Towards a reconceptualisation of geographical scale. *Australian Geographer*, 1993, vol. 24, n.1, p.33-43.

HOWITT, Richie. Scale as relation: musical metaphors of geographical scale. *Area*, 1998, vol. 30, n.1, p. 49-58.

JESSOP, Bob y SUM, Ngai-Ling L. An Entrepreneurial City in Action: Hong Kong's Emerging Strategies in and for (Inter-)Urban Competition. *Urban Studies*, 2000, vol.37, n.12, p. 2290-2315.

JESSOP, B. The entrepreneurial city: re-imagining localities, re-designing economic governance or re-structuring capital?. In JEWSON, N. y MACGREGOR, S. (eds.) *Transforming cities: contested governance and new spatial divisions*. London: Routledge, 1997, p. 28-41.

JESSOP, B. A neo-Gramscian approach to the regulation of urban regimes. In LAURIA, M. (ed.) *Reconstructing Urban Regime Theory*. London: Sage, 1997a, p. 51-74.

JESSOP, Bob. The crisis of the national spatio-temporal fix and the tendential ecological dominance of globalizing capitalism. *International Journal of Urban and Regional Research*, 2000, vol. 24, n.2, p. 323-360.

JESSOP, B. *The future of the capitalist state*, Cambridge: Polity Press, 2002.

GIBSON-GRAHAM, JK. *The End of Capitalism (As We Knew It): A Feminist Critique of Political Economy*. Oxford: [Blackwell](#), 1996.

GONZÁLEZ, S. ¿Es la teoría de la regulación todavía relevante para la comprensión de la sociedad capitalista actual? Respuesta a Horacio Capel. *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. IX, nº 526, 5 de agosto de 2004. [<http://www.ub.es/geocrit/b3w-526.htm>]. [consulta 30 noviembre 2004].

JONES, Katherine T. Scale as epistemology. *Political geography*, 1998, vol. 17, n.1, p. 25-28.

LEITNER, Helga y SHEPPARD, Erik. The city is dead, Long live the net: Harnessing European interurban networks for a Neoliberal Agenda. *Antipode*, 2002, vol.34, n.3, p. 495-518.

LEITNER, H., PAVLIK, C. y SHEPPARD, E. (2002) Networks, Governance and the politics of scale: Interurban networks and the European Union. In HEROD, A. y WRIGHT, M. (eds.) *Geographies of power. Placing scale*. Oxford: Blackwell, 2002, p. 274-303.

LIPIETZ, Alain. The local and the global: regional individuality or interregionalism?. *Transactions Institute of British Geographers NS*, 1993, vol. 28, p. 8-18.

LIPIETZ, A. The national and the regional: their autonomy vis-à-vis the capitalist world crisis. In PALAN, R. y GILLS, B. (eds.) *Transcending the state-global divide*. Boulder: Lynne Rienner, 1994, p. 23-44.

LOVERING, J. Creating discourses rather than jobs: The crisis in the cities and the transition fantasies of intellectual and policy makers. In HEALEY et al (eds.) *Managing cities. The new urban context*,

Chichester: John Wiley and sons, 1995, p. 109-126.

LOVERING, John (1999) Theory led by policy: The inadequacies of the 'New Regionalism' (Illustrated from the Case of Wales). *International Journal for Urban and Regional Research*, 1999, vol. 23, p. 379-395.

MARSTON, Sallie A. The social construction of scale. *Progress in Human Geography*, 2000, vol. 24, n.2, p. 219-242.

MASSEY, Doreen. New directions in space. In GREGORY, D. y URRY, J. *Social Relations and Spatial Structures*. London: MacMillan, 1985, p. 9-19.

MASSEY, D. *Space, place and gender*. Cambridge: Polity Press, 1994.

MASSEY, D. The conceptualization of place. In Massey, D. y Jess, P., (eds) *A place in the world*. Oxford: Oxford University Press, 1995, p. 45-85.

MOULAERT, Frank y SWYNGEDOUW, Erik. Survey 15. A regulation approach to the geography of flexible production systems. *Environment and Planning D: Society and Space*, 1989, vol. 7, p. 327-345.

NIELSEN, Esben Holm y SIMONSEN, Kirsten. Scaling from "Bellow": Practices, strategies and urban spaces. *European Planning Studies*, 2002, vol. 11, n.8, p. 912-927.

PAASI, Anssi. Place and region: looking through the prism of scale. *Progress in Human Geography*, 2004, vol. 28, n.4, p. 536-546.

PAINTER, Joe y GOODWIN, Mark. Local governance and concrete research: investigating the uneven development of regulation, *Economy and Society*, 1995, vol. 24, n.3, p. 334-356.

PECK, Jaime. Political economies of scale: Fast policy, interscalar relations and neoliberal workfare. *Economic Geography*, 2002, vol. 78, n.3, p. 331-360.

PETER SMITH, M. *Transnational Urbanism. Locating globalization*. Oxford: Blackwell, 2001.

PRATT, Andy. Discourses of locality. *Environment and Planning A*, 1991, vol. 23, p. 257-266.

SHEPPARD, Erik. The Spaces and Times of Globalization: Place, Scale, Networks, and Positionality. *Economic Geography*, 2002, vol. 78, p. 307-330.

SILVEY, Rachel. Power, difference and mobility: feminist advances in migration studies. *Progress in Human Geography*, 2004, vol.28, n.4, p. 490-506.

SMITH, N. (1993) Homeless/global: scaling places. In BIRD, J. et al. (eds.) *Mapping the Futures: Local Cultures, Global Change*. New York: Routledge, 1993, p. 87-119.

SMITH, N. *Uneven development*. Oxford: Blackwell, 1984.

SMITH, Neil. Dangers of the empirical turn: some comments on the CURS initiative. *Antipode*, 1987, vol. 19, p. 394-406.

SPARKE, Matthew (2003) American empire and globalisation: postcolonial speculations on neo-colonial enframing, *Singapore Journal of Tropical Geography*, vol. 24, n. 3, pp. 373-389.

SWYNGEDOUW, Erik. The heart of the place: the resurrection of locality in an age of hyperspace. *Geografiska Annaler*, 1989, vol.71 (B), p. 31-42.

SWYNGEDOUW, E. "Neither Global nor Local. "Glocalization" and the politics of scale" en COX, K. (ed.) *Spaces of globalization. Reasserting the power of the local*. New York: Guilford Press, 1997, p. 137-166.

SWYNGEDOUW, Erik. Authoritarian governance, power, and the politics of rescaling. *Environment and Planning D: Society and Space*, 2000, vol. 18, p. 63-76.

SWYNGEDOUW, Erik. Globalisation or 'Glocalisation'? Networks, Territories and Re-Scaling. *Cambridge Review of International Affairs*, 2004, vol. 17, n.1, p. 25-48.

SWYNGEDOUW, Erik y BAETEN, Guy. Scaling the city: The political economy of 'Glocal' development –Brussels' Conundrum. *European Planning Studies*, 2001, vol. 9, n.7, p. 827-849.

SWYNGEDOUW, Erik y HEYNEN, Nikolas C. Urban Political Ecology, Justice and the Politics of Scale. *Antipode*, 2003, vol. 34, n.4, p.898-918.

SWYNGEDOUW, Erik, MOULAERT, Frank y RODRÍGUEZ, Arantxa. Neoliberal urbanization in Europe: Large-Scale urban development projects and the new urban policy. *Antipode*, 2002, vol.34, n.3, p.542-577.

UITERMARK, Justus. Re-scaling, 'scale fragmentation' and the regulation of antagonistic relationships. *Progress in Human Geography*, 2002, vol. 26, n.6, p. 743-765.

URRY, John. Small worlds and the new social 'physics'. *Global Networks*, 2004, vol. 4, n.2, p. 109-130.

WATERS, M. *Globalization*, London: Routledge, 2001.

© Copyright Sara González , 2005

© Copyright *Scripta Nova*, 2005

Ficha bibliográfica:

GONZÁLEZ, S. C. La geografía escalar del capitalismo actual. *Geo Crítica / Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 15 de mayo de 2005, vol. IX, núm. 189. <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-189.htm>> [ISSN: 1138-9788]



[Índice de *Scripta Nova*](#) [Menú principal](#)